

LA PERSONALIDAD DEL CANCILLER PERO LOPEZ DE AYALA

POR un azar, y como sucede tantas veces lleno de sentido, el último ejemplo conservado de *cuaderna vía* y uno de los primeros de *arte mayor* se encuentran en la obra de un mismo poeta: Pedro López de Ayala, Canciller de Castilla.

La obra del Canciller se levanta en los umbrales del XV, recoge gran parte de lo que se había dicho y pensado antes en Castilla, lo une (traduciendo, comentando) a las doctrinas más importantes de la Europa de entonces, y lo transmite a los poetas inmediatos. En López de Ayala confluyen, pues, lo antiguo y lo moderno.

Recordemos que la larga vida de López de Ayala (1332-1407) transcurre a lo largo de seis reinados. Nació en Vitoria, en tiempo de Alfonso XI el Conquistador. En 1353 servía como paje en la corte de Pedro I el Cruel. Unos años más tarde luchaba en el bando rebelde de los Trastámaras. Fue con Enrique II alcalde mayor de Toledo; miembro del Consejo de Juan I el Cazador, y de la Regencia durante la menor edad de Enrique III el Doliente. Canciller Mayor de Castilla en 1399. Murió en Calahorra el año 1407, el primero del reinado de Juan II.

López de Ayala escribió la crónica de cuatro monarcas, y narró con una nueva perspectiva la historia de Castilla. No encontramos ahora la impresionante grandeza de las obras de Alfonso el Sabio; quien, un siglo antes, por medio de una organizada y gradual estructura nos presenta la



historia toda del mundo antiguo, y nos descubre el sentido del acaecer de España. La historia, como el firmamento que también Alfonso estudió, es un libro que muestra el admirable desarrollo de los designios divinos y del destino humano. España, como Jerusalén, fue destruida; pero España paso a paso, fatalmente, alcanzó la grandeza que le había sido señalada. Leyendo ese libro con cuidado, observaremos el orden que preside el pasado, entenderemos el desorden que sólo en apariencia envuelve al presente, y adivinaremos la meta que nos guarda el futuro.

Las obras de Ayala, en cambio, tratan de reinados particulares. Trazan física y psicológicamente la figura de un monarca. Las pasiones, las tendencias congénitas y las cualidades psíquicas explican en parte los movimientos del ser humano. Sus héroes no se enfrentan con situaciones extraordinarias, sino con problemas corrientes típicos de la época (la ambición de los nobles, la guerra de los moros, la falta de dinero, la inmoralidad de los privados). Circunstancias que el Canciller describe fielmente con abundancia de noticias y de documentos. Pero a pesar de ello el acento de excepción que marca a muchos de sus personajes, y la presencia de fuerzas oscuras que en multitud de casos determinan los sucesos confieren a las crónicas del Canciller un notable carácter novelesco y extraordinario. Así como en Alfonso el Sabio los episodios se conectan y nos llevan, explicando las circunstancias particulares, a la comprensión total del sentido de la historia, en el Canciller la misma conexión de sucesos, cada uno justificado y definido, conduce a una situación final sumamente desconcertante e incomprensible, que López de Ayala ni puede ni pretende explicar; pero que le sirve para intuir un rasgo esencial de la índole de mundo, y para elaborar, convirtiendo los personajes en figuras ejemplares, una lección de conducta.

Detengámonos un momento en la primera crónica de López de Ayala. Don Pedro el Cruel se mueve por sus páginas sembrando dolor y muerte; y con sus crímenes se presenta siempre la razón que los motiva (el carácter violento del rey, la desconfianza, el miedo, la maldad de los consejeros, la traición de los vasallos...). Pero hay más, un dramático destino le empuja a matar y le conduce a la muerte. La figura del monarca se traza con una impresionante grandeza. Por una parte la crueldad suma de don Pedro, por otra, la perfidia inaudita de sus enemigos; junto al miedo que le domina, el terror de los vasallos. Y al final el espantable caso, la muerte sangrienta del rey. ¿Quién podrá explicar su caída? ¿Quién podrá encontrar



la razón de tanta absurda catástrofe? Pero el sabio no perderá la calma, verá impávido tanta desolación recordando que los juicios de Dios son indiscifrables, y sabiendo con absoluta certeza que la justicia divina, incomprendible o clara, se cumple siempre. De ahí el desenlace de la historia de don Pedro. Tras el rápido retrato del monarca, ya figura ejemplar, la afirmación del Canciller de que todo es un misterio, y la lección que servirá de aviso a reyes y a gobernantes: «Fue el rey don Pedro asaz grande de cuerpo, e blanco, e rubio, e ceceaba un poco en la fabla. Era muy cazador de aves. Fue muy sofridor de trabajos. Era muy temprado e bien acostumbrado en el comer e beber. Dormía poco, e amó mucho mugeres. Fue muy trabajador en guerra. Fue cobdicioso de allegar tesoros e joyas... E mató muchos en su regno, por lo qual le vino todo el daño que avedes oído. Por ende diremos aquí lo que dixo el profeta David: *Agora los reyes aprended, e sed castigados todos los que juzgades el mundo: ca grand juicio, e maravilloso fue éste, e muy espantable*». ¹

Esta situación es general. El desorden se extiende por todos los reinos cristianos; las monarquías se tambalean, y hasta el papado («la barca de Pedro») amenaza naufragio. López de Ayala, ya gran Canciller, levanta su voz en Castilla, y apremia a los reyes y a los poderosos a luchar contra el mal. ² A todos ofrece su consejo. Es verdad que los juicios de Dios son misteriosos, y que el hombre no debe tratar de penetrarlos; pero la filosofía, la historia y su propia experiencia le han mostrado que los hechos temporales que pasan cada día / deuemos trabajarnos e poner mejoría / humanos pueden mejorarse con esfuerzo y sana prudencia: «en fechos con buena ordenança; todo lo al sería / orgullo e sobervia e fablar en theología». ³ Y valientemente el Canciller se enfrenta con el mayor problema de su época: el cisma de Occidente. Desde 1378 la cristiandad estaba dividida en dos grupos. Cada grupo tenía su propio Papa: Bonifacio en Roma, Benedicto en Aviñón. Los maestros y los teólogos de cada partido presentaban argumentos a favor de su pontífice, los príncipes ofrecían la razón más convincente: la fuerza de las armas. Después de veinticinco años el cisma continuaba sin resolver. El Canciller advierte el peligro y describe dramáticamente la situación. Un concilio universal, dice, es el

¹) *Crónica del rey don Pedro*. (Madrid, 1875), p. 593

²) Nos referimos a sus discursos contra el cisma de Occidente en el *Rimado de Palacio*.

³) *Poesías del Canciller Pero López de Ayala*, ed. Albert F. Kuersteiner (New York, 1920), t. I, eslr. 640.



único remedio. López de Ayala escribe en verso su discurso; la forma, de sabia disposición y solemne aliento, suena extraña y nueva en Castilla. Son sus estrofas quizá las primeras coplas de arte mayor que han llegado hasta nosotros. Se escribieron en 1403.

En 1409, tres años después de la muerte de López de Ayala, se celebró el concilio de Pisa. Los dos Papas fueron depuestos, y se eligió un tercero: Alejandro V. Ni aun así terminó el cisma; tres Papas rigieron desde entonces la iglesia de Occidente. La solución llegó en 1415. Un nuevo concilio se reúne en Constanza. Gregorio XII, Papa de Roma, renunció la tiara, Juan XXIII, Papa de Pisa, y Benedicto XIII, Papa de Aviñón, fueron depuestos. La cristiandad rinde homenaje al nuevo pontífice: Martín V. Entonces Europa pudo contemplar otra gran caída: Juan XXIII reconoce sus culpas, y, de rodillas, implora el perdón del nuevo príncipe de la Iglesia. Los poetas del XV tuvieron ocasión una vez más para cantar las veleidades de la Fortuna: «El gran Papa Juan que ayer fue criado / quando desonrrado fue desposeydo». ⁴ Diferente es la reacción del Papa español (Pedro de Luna) Benedicto XIII. Abandonado por los monarcas que le seguían, expulsado de Aviñón, con sólo tres cardenales, se retiró al castillo de Peñíscola. Ante los ojos del tenaz aragonés van pasando inútilmente los años; a las excomuniones responde con excomuniones, a los anatemas con anatemas. En Peñíscola, a los noventa y cinco años de su vida, venció la muerte al invencible anciano. Su figura se yergue grandiosa ante sus contemporáneos. La admiración late siempre en las palabras de sus enemigos y en las de sus defensores: «E el Benedito que en tal alto estado / era en España por santo tenido, / veslo agora do está escondido / dentro en Peñyscola desaventurado, / ereje, cismático, e descomulgado, / todos los suyos d'él se han partido». ⁵ Y: «Con San Pedro en la tribuna / e peligrando en la naue, / con la vna e otra llæue / vi al gran pastor de Luna. // Su magnífica presencia / e su alta dignidad, / su virtuosa honestad, / su discreción e ciencia, / en virtud de obediencia / me mandaron que de hinojos / e inclinados los ojos / le fiziese reuerencia». ⁶

Sí, realmente el mundo, dicen los autores del XV, es incomprensible;

⁴ Gonzalo Martínez de Medina en el *Cancionero de Baena*, ed. E. de Ochoa (Madrid, 1851), n. 390.

⁵ Gonzalo Martínez de Medina, op. cit.

⁶ Fernán Pérez de Guzmán, «Loores de los claros varones de España» en el *Cancionero castellano del siglo XV*, ed. R. Foulché-Delbosc (Madrid, 1912), t. I. p. 749.



las torres más firmes se vienen abajo, el poder y la gloria terminan, los justos se ven abatidos, los injustos ensalzados. Y el mal se extiende por todas partes. Pero si el mal existe, ¿no es acaso por permisión divina?

No nos extrañe, pues, que la angustia cunda en los autores del cuatrecientos; y que las voces de todos se levanten en un final esfuerzo demandando una explicación y una esperanza. Pero, ¿a quién acudir si sabios, doctores y teólogos se pierden en ese laberinto? Hay un momento en que todas las miradas se vuelven al viejo Canciller, al impasible testigo de tantas catástrofes. Y Ferrán Sánchez de Calavera, haciéndose eco de su generación, le interroga públicamente y en nombre de todos le invita a descifrar lo que al parecer es indescifrable.⁷ La invitación de Calavera enfrenta directamente al Canciller con el grupo que está cambiando la poesía de Castilla. Hondas son las diferencias que separan las dos generaciones. Los nuevos poetas abandonan las formas tradicionales y acogen con entusiasmo métodos artísticos desusados hasta entonces. Su acercamiento a la realidad, y su manera de plantear muchos problemas vitales son, hasta cierto punto, también distintos. Diferencias que se deben a un cambio de sensibilidad: sensibilidad moral la del Canciller, poética la de los nuevos autores del XV. De ahí que los poetas del cuatrocientos, aun rechazando conscientemente parte de la técnica de Ayala, le miren con respeto reconociendo la deuda que les ata al viejo poeta. Para el Canciller, en cambio, es difícil notar lo positivo de la postura del nuevo grupo. Frívolo le parece su acercamiento a los problemas trascendentales, mera apariencia su sabiduría y palabras, sutileza, relumbrón, en suma, su innovación poética. Ya lo había advertido tiempo antes a los que ahora le interrogaban: «Las razones baldías non cumple declarar, / ni con gran sotileza en ellas trabajar: / más vale buen consejo que tal mucho hablar / nin otras alegaciones sobre esto glosar».⁸

López de Ayala sabe que el mal existe; para ayudar a evitarlo ha escrito la mayor parte de su obra. Y sabe, porque lo ha vivido y lo ha narrado, que el mundo está lleno de casos inexplicables, y ante ellos se ha movido de verdad con espanto: «El mundo es tal que juega con las gentes así como juega el embaydor con sus juegos, e non es durable, e el tiempo es corto».⁹

⁷) La pregunta de Ferrán Sánchez y la respuesta del Canciller, en el *Cancionero de Baena*, núms. 517 y 518.

⁸) *Poesías del Canciller...* op. cit., estr. 1262

⁹) *Crónica del rey don Pedro*, op. cit., p. 570.



Pedro López de Ayala contesta con las mismas armas que usa su contrincante: las coplas de arte mayor. Los argumentos del Canciller no se disparan agudos y rápidos. El sabe que de nada sirve aquí la sorpresa, que es inútil tratar de confundir a sus antagonistas; que son jóvenes y ágiles, que dominan a la perfección técnicas nuevas; y que no se puede escapar a sus razones retorcidas y sutiles: «Non vos querrya dezir en aquesto / salvo verdat e non otra cossa, / nin vos querrya mentyr en el testo / nin por apostilla poner otra glossa». Por eso insiste en proteger su frente, en no dejar un resquicio a descubierto. Y así se rodea de una muralla inexpugnable: «Este es un punto oscuro, dudoso, / qu'el juycio de Dios es el su secreto / escodriñe el omme mortal e medroso, / e quiera saber el su grant efecto... // Por ende conviene siempre obedesçer / a los sus juycios, e nunca por nos él ser preguntado». La sorna se transparenta entonces en los labios del Canciller: «E quien quysiere buscar sotilezas, / sy bien me mienbra lo que dixie d'antes, / a las vezes pierde por sus agudezas / piedras preciosas, rrobíes, diamantes... // Pon ende, amigo, sylencio e ayuno / en esta questión devedes guardar». El Canciller conocía su ventaja. Si los jóvenes poetas de la corte de don Enrique el Doliente dominan la escaramuza, si deslumbran a las damas con su pericia en los torneos, si lucen su gallardía quebrando cañas con los moros de Málaga y Granada; el viejo poeta aprendió el manejo de las armas en la guerra contra Aragón cincuenta años antes, capitán de la flota castellana, condujo en su galera al rey de Castilla amenazando a los catalanes en el Mediterráneo; luchó primero junto al Rey Cruel y junto a don Enrique de Trastámara más tarde; en Nájera le cautivó el Príncipe Negro; en Rosenbec peleó junto a Francia contra los ingleses; con el Rey Cazador luchó en Aljubarrota, los portugueses le cautivaron en Santarem, y cargado de cadenas, dentro de una jaula de hierro, le guardaron por dos años en el castillo de Ovidos.

De nada sirve la invitación de Calavera, porque el Canciller no sale de su fortaleza. El sabe que el mal existe, desde años lo viene diciendo; pero durante años también, afirma incansable que el hombre ni puede ni debe penetrar los juicios de Dios. Y los jóvenes poetas tratarán inútilmente de arrancarle de su postura. El sagaz canciller contestará siempre con la misma respuesta: el hombre no deve averiguar los designios divinos. Y si le preguntan en octavas, responderá en octavas; y si le creen incapaz de usar las rimas que le brindan, las usará con la misma maestría de los poetas nuevos. Pero al terminar sus coplas añade algunas estrofas; y las es-



cribe a la manera antigua, manera que ya resulta ruda y anticuada a los sabios poetas de la «gaya ciencia». Y López de Ayala, con la sorna que le caracteriza, se las brinda al «muy sutil y muy letrado»¹⁰ Ferrán Sánchez de Calavera: «Dexado este estilo assy començado, / quiero vos, amigo, de mí confesar / que quando vuestro escripto me fue presentado, / leyera un libro do fuera fallar / versetes algunos de antigo rrymar, / de los quales luego mucho me pagué, / e sy son rrudos, a vos rogaré / que con paçencia vos plegua (sic) escuchar». Y es entonces cuando por última vez en el siglo XV se oye el viejo cuarteto monorrino alejandrino. Y López de Ayala repite incansable, ahora en su antigua y natural manera, la afirmación que mantuvo a lo largo de los años; afirmación a la que quizá también se aferra desesperadamente el Canciller, porque es la única tabla que puede salvarle en tan gran naufragio, el único escudo que puede protegerle de tan desconcertante angustia:

«Dezirte he una cosa de que tengo grande espanto:
¿los juycios de Dios alto quien podría saber quanto
son oscuros de pensar nin saber d'ellos un tanto?

En todo lo qu'él ordena e en todo lo qu'él fará
non demos otra rrespuesta, salvo lo quel' plazerá
que aquello sea fecho, ca él nunca dapnará
a ninguno syn justicia nin al malo salvará».

(University of California at Riverside)

¹⁰⁾ Así le llama Baena.

